

ITURBIDE.

DISCURSO PRONUNCIADO EN LA FESTIVIDAD QUE EFECTUARON EN LA UNIVERSIDAD DE PUEBLA Y LA ACADEMIA DE LITERATURA ESPAÑOLA. POR SU SOCIO CORRESPONDIENTE DON TRINIDAD SANCHEZ SANTOS EN CELEBRACION DE LA INDEPENDENCIA NACIONAL.

ILMO. Y RVMO. SR. CANCELLER,

MUY ILUSTRE CLAUSTRO UNIVERSITARIO,

SEÑORES ACADÉMICOS,

SEÑORES:

García Icazbalceta percibió esta verdad grande y sombría: "la Historia de Méjico está por hacer." Nosotros, los hombres de una generación posterior a la suya hemos presenciado algo más doloroso; porque del libro, de la tribuna, de todos los cauces de la doctrina, hemos visto surgir la pseudo-historia.

Jamás pueblo alguno ha sido tan engañado sobre su ayer; jamás se acumuló sobre la conciencia de las muchedumbres limpias de corazón tan estupendo Himalaya de errores, de falsos criterios, de embustes que sublevan, de falasias que extravían, de cinismos que prostituyen y degradan inmensamente.

Pues entre esa erupción en que el volcán de la mentira agotó la náusea de las pasiones contra la verdad y contra el bien, es decir, contra Cristo, que al fin y al cabo es el centro de todos los combates del mundo moderno, brotó, señores, la más audaz, la más negra y hasta hoy la más impune de nuestras iniquidades sectarias, el plan de calumnia, de baldón, de olvido, una inmensa conspiración viperina contra el mayor y más grande de los bien-

hechores de esta tierra, de esta patria que hoy se arrodillaría si la dejaran, para pronunciar su nombre, y lo besaría con el ósculo más devoto y filial e intenso del alma, como yo lo beso, señores, en este papel en que está escrito: Iturbide.

He dicho: plan de calumnia, plan de baldón, plan de olvido; pero todo eso es menos horrible que el delito central de todos ellos: el de ingratitud. Ella es la melodía de los cantares del báratro; la gota dulce en los tormentos del réprobo; el placer que palpita en las células de la soberbia.

¿Sabéis, señores, de cierto labriego que se compadeció de una culebra entumecida a orillas del camino, y la recogió y la abrigó en su seno? ¿Sabéis que en pago lo mordió y lo mató? ¿Sabéis lo que han hecho los sectarios, todos los sectarios, desde aquéllos que incluyó Iturbide en la Regencia y el Congreso? Esa ha sido la culebra.

Refiérenos un poeta de Cataluña que cierto joven se enamoró frenéticamente de una infame. Y ella le dijo: "para que te conceda mi amor es preciso que vayas y mates a tu madre, y le arranques el corazón y me lo traigas;" y él, frenético, fué; y cuando la madre santa dormía soñando con las caricias de su hijo, él, acercándose de puntillas, le clavó un puñal, desgarró el pecho y le arrancó el corazón y corrió por el camino para llevarlo a la infame, cuando tropezó y cayó fuertemente. Entonces aquel corazón habló con dulzura celeste, diciéndole: "Hijo mío; ¿no te has hecho daño?"

Ese fué, señores, el sublime susurro de Padilla, ese ha sido el susurro torcéico, el susurro santo que ha salido de una urna llena de huesos, solitaria siempre, olvidada como un ladrillo enterrado en Asiria, depositada en la capilla del protomártir mejicano, allá en la catedral de la metrópoli; el susurro santo que ha salido de esa urna cada vez que ha estallado el insulto contra el mártir Libertador.

Yo me he postrado ante esa urna cuando la tarde cerraba los párpados y comenzaban a rodar por el cielo las doradas estrellas. Abí, entre las penumbras sagradas que dan a esos despojos un solemne descanso, he ido a hablar al corazón que los animó, al alma que concibió bajo esos huesos olvidados las más altas glorias de la patria.

"Te acusan, dije, de ambicioso. Por eso han en-

3

señado al pueblo a regarte el título de padre y de héroe; por eso con esponja empapada en miel, han borrado de su memoria tu nombre; por eso han negado al día glorioso en que pusiste al pueblo en posesión de su libertad y de su patria, hasta el honor de que flote en los aires la bandera que tú hiciste y le dejaste en herencia preciosa!

Yo hablaba, señoras, murmurando apenas mis frases, porque el murmullo es la voz alta del amor, y me pareció que de aquel arcoñ de cenizas se exhalaba un murmullo también diciendo:

“Confesemos en las nuevas generaciones.”

Por eso no he venido a hablar a los doctos, que han blanqueado ya sus cabellos al calor de las meditaciones del pasado, sino a esta juventud amadísima, asediada tenazmente como un enjambre de pájaros, nuevos por los vampiros del error; a esta juventud que brota como un racimo de claveles, entre tapidos breñales de mentiras sin número, de imposturas canonizadas por el silencio, de odios que esconden su dardo entre los pétalos de un patriotismo rojo y letal, como la adelfa.

Si la reacción es una ley de la historia, sobre todo la reacción de la justicia, no debemos esperarla sino de esos islotes de juventud que escapan al general hundimiento, especie de Antillas fecundas que sobreviven a los cataclismos de cualquier Atlántida social.

Pues dejad que lo proclame, señores, dejad que lo repita con el orgullo amoroso del hijo ausente, a la luz de los más preclaros anales, uno de esos islotes que levantan sus cumbres floridas, salubres y exuberantes entre el hundimiento moral y filosófico de la América, es esta mi amadísima, mi ilustre casa-palafoxiana.

Y es aquí, donde renace mi juventud, donde experimento como que se incrusta en mi vida presente otra vida lejana; donde me siento a la vez niño y adulto; algo así, como el hermano mayor de mí mismo, es aquí donde anhelo dejar caer algunos granos de verdad y justicia, con la esperanza de una floración caudalosa, tanto como prometen no sólo la fertilidad de este campo, sino la pureza y dulzura del ambiente que lo baña.

Para defraudar al más grande hombre de nuestra historia política hasta los pequeños homenajes

que se tributaran a cualquier proletario de la gloria, recurre el sectarismo al más fútil, al más infeliz, al menos leal de los argumentos; hélo aquí: ¿tuvo defectos Iturbide?

Pregunta, ¡oh juventud! a la historia, cuál de esos hombres que adoran los pueblos en el santuario de la inmortalidad terrena, ha sido inmaculado. Más aún, pregunta quién de ellos no ha pagado el tributo a la imperfección de la raza de Adán, con defectos a veces monstruosos. Pregunta, finalmente, si estos han sido obstáculo para la veneración de las naciones que les debieron su gloria; o de la humanidad que les debió un impulso hacia grandes destinos, una jornada hacia la libertad, la visión de una estrella nueva en la inmensidad del progreso. Pregúntalo, y la historia te dirá que los grandes faraones fueron esclavócratas, que Ciro fué soberbio; que Alejandro fué horriblemente supersticioso; que todos los héroes asirios fueron sanguinarios; que los griegos llevaron la mancha de ingratitud, de muy punzante ingratitud para con los palasgos; que treinta Césares de Roma fueron aseainados por hombres que el mármol immortalizó en estatuas; que Clodoveo fué irascible; Carlo Magno sensual; Bonaparte cruel, hipócrita, usurpador; pero... ¿a dónde iría a parar ni qué tiempo permite la tribuna para una tan interminable recordación? Bástenos esta respuesta a la Historia: que todos los héroes de nuestra guerra de Independencia, desde Hidalgo hasta Epigmenio González, tuvieron defectos, y en algunos casos tan graves, como aquellos que confiesa el Cura de Dolores en su famosa retractación.

Y ¿qué nos responderá, por último, no ya la crítica histórica, sino el sentido íntimo humano, la moral doméstica que es la base de todas?

Esto, señores: es infame el hijo que niega el título de padre, y la veneración y la gloria del hogar a quien le dió el sér, sólo porque es corrobado, o ciego o débil de memoria.

¡No hay lógica entre las serpientes que aceptara razón tan abominable!

El Decálogo dice: "honra a tu padre y a tu madre", sin agregar: "sólo cuando carezca de defectos."

Ha habido leyes bárbaras que han autorizado el

5

uxoricidio, el fratricidio, el servicidio; ninguna se atrevió jamás a autorizar el parricidio.

Iturbide ha sido el padre de la patria.

III.

Pero ¿es verdad que el héroe de la bandera tricolor tuvo los defectos que le imputa el sectarismo?

Este no cesa de repetir: "¡fué un ambicioso!"

Es mucho, señores, lo que desde hace un siglo se ha abusado de las palabras; mejor dicho de la inconsciencia popular para comprenderlas. Se dice: "¡He ahí un ambicioso!" con la seguridad de que el pueblo naturalmente irreflexivo, impresionable por los vocablos aparatosos, contestará: "¡Crucificalo!"

Pero una academia no es un club; no es como éste una hornaza de pasiones; sino un centro sabio de raciocinio, y puede persuadirse de que la ambición es una de las grandes virtudes productoras del progreso humano. La ambición es tan legítima como el amor, con el cual hasta se confunde a veces en su fenómeno más íntimo. ¿Qué cosa es el amor? Es el apetito del propio bien. ¿Qué cosa es la ambición? Es el apetito del propio ideal. La ambición sólo puede ser reprehensible por el objeto de ese apetito. Si ese objeto es legítimo y noble, ella lo es igualmente. San Pablo lo definió con su incomparable sabiduría: "Qui episcopatum desiderat, bonum opus desiderat."

Esa ambición del ideal legítimo ha transformado al mundo. El progreso le debe su gloria. Le debe la humanidad sus anales más ilustres, le debe todas sus jornadas hacia sus destinos eminentes y rutilantes. Es el apetito de la gloria y de lo bello quien ha poblado de hermosuras el santuario del arte; es el apetito de fama y de la verdad quien ha poblado de antorchas el abismo interminable de la ciencia; es el apetito de riqueza quien ha poblado de maravillas la industria de nuestro siglo; es el apetito de santidad y eternidad quien ha poblado de ósculos, de consuelos, de ángeles los antros horribles del dolor humano.

Fué la ambición fenicia quien arrojó el primer palo hueco a la furia de los mares; fué la ambición americana quien hizo retorcerse bajo las olas frías las entrañas ardientes del vapor; fué ella, la

solgar, quien llevó la luz del Asia al África, y del Asia y el África a la Europa salvaje; fué ella, la sublime quien sopló sobre el barro de Grecia para animar a aquel hombre y aquel paraíso del arte y la filosofía, y después sopló sobre las siete colinas para engendrar el imperio romano; y después sobre Constantino para producir la libertad; y sobre Clovis, para que le brotara de la frente como una estrella la más grande de las naciones germánicas; y después sobre Carlo Magno, para que surgieran las capitulares, es decir los cimientos políticos de la Democracia cristiana; y tuvo un soplo más, señores un soplo de génesis, un soplo de los seis días, que bañando la frente de la más grande reina española, y los corazones de los más esforzados navegantes iberos, en torno del inmortal, hizo surgir del mar tenebroso nunca surcado, la roca inmensa del Nuevo Mundo, que habitaran, señores, los destinos más grandes del porvenir.

Por la ambición, miramos bajo del microscopio el orbe que se mueve en una gota de agua, o asistimos en el minuto a los hechos realizados en los puntos más distantes del globo. La ambición ha tutorado los rayos catódicos, la telegrafía inalámbrica, los globos de Santos Dumont, la suntuosa vida moderna; y a ella deberán nuestros pósteros, el oír mediante el prodigio de los prodigios científicos; el fonógrafo, esto es la fotografía de la palabra, la voz doctoral de Menéndez Pelayo, el fraseo lujoso de Zorrilla de San Martín, ó el acento dulcísimo, el acento angelical de Pio X.

Por tanto, la ambición legítima lejos de ser ignominiosa o vituperable, es digna de grandes honores.

Ahí, pues, condenar a Iturbide por ambicioso, es condenar a la naturaleza por naturaleza; a la gloria por gloria, al hombre por hombre.

IV.

¡Pero! ¿fue realmente ambicioso el Libertador de México, señores? ¡Oh, si lo hubiera sido! ¡Si en vez de soñar en Iguala con ceñir la corona a un Príncipe de Borbón, hubiera soñado ceñirla a sus propias sienes! ¡Si en vez de entregar el poder a un Congreso en que hormigueaban sus enemigos, sectarios, hipócritas, cubiertos con el sayal del creyente;

emanados de las ciento dos logias masónicas que funcionaban en toda la extensión de la Nueva España, hubiera asumido ese poder hasta consolidar su autoridad! ¡Si cuando el funesto Santa Ana, instrumento de fuerzas ocultas y odiosas, proclamó la República, Iturbide en vez de abdicar se hubiera rodeado del pueblo que lo adoraba delirante, y hubiera marchado a destrozarse con un soplo aquella horda de intrigantes engañadores, ¡cuántas lágrimas, cuánta miseria, cuántas degradaciones, cuántos cataclismos hubiera evitado a su patria!

Pero desgraciadamente la ambición no anidaba en su espíritu poblado de candores.

Toda su historia lo demuestra así con los acentos más elocuentes. Hay en esa historia fúlgida como un astro, ráfagas de abnegación y de humildad que en vano se buscarían en los recuerdos de cualquier otro libertador.

Permitidme, señores, que os muestre algunas de ellas.

Es un acta que la posteridad cubrirá de lauros el día en que se opere, cediendo a inexorable ley de la historia la colosal reacción iturbidista. Es un documento que dice así:

“En el pueblo de Iguala a primero de marzo de mil ochocientos veintinueve, se unieron en la casa habitación del señor Comandante general coronel D. Agustín de Iturbide, los señores jefes de los cuerpos de la guarnición, los comandantes particulares de los puntos militares de toda la demarcación y demás señores oficiales. Colocados en sus asientos con el mejor orden y arreglo, el señor Comandante general tomando la voz indicó, que la independencia de la América la veía como necesaria; así porque se persuadía ser esta la opinión general, como porque se anunciaba un pronto rompimiento, que sin duda nos anegaría en sangre, confusión y desastres acaso más crueles que los últimos experimentados desde el año de mil ochocientos diez a la fecha; que un plan que arreglase la común opinión con contento de todos, era el único remedio; que había tomado todas las medidas necesarias para ello, y no obstante que al militar le es muy glorioso vencer, era mucha gloria a las tropas restauradoras de la libertad, conseguirla sin que se derramase una gota de sangre.

“Concluida esta indicación se leyó en voz clara, alta y comprensible, por el capitán de Tres Villas D. José María de la Portilla, el plan, oficio y lista nominal de los señores vocales para la Junta preparatoria remitida al señor Conde del Venadito. Volvió a tomar la voz el Señor Comandante general y dijo: creía firmemente de la bondad así del señor Conde del Venadito como de los sabios que se hallan a su lado y lo dirigen accederían a tan justa pretensión; pero de no, que era indispensable sostenerla a toda costa. El entusiasmo de los señores oficiales interrumpió el silencio y entre vivas y aclamaciones prometieron sostenerlo hasta derramar la última gota de su sangre.

“El señor Iturbide impuso silencio con la moderación que le es característica y añadió que su edad provecia y despreocupación le dictaba SERVIR A LAS ÓRDENES DEL QUE ELIGIERAN POR GENERAL de los mismos jefes de mayor graduación, que pudiera haber, y manifestaría en caso necesario que PURAMENTE el amor a su Patria y conservar la religión que profesó desde el bautismo, le habían obligado a emprender una obra que creía superior a sus alcances, y no el aspirar a ascensos, mandos ni otra especulación personal. Aquí se pararon los señores oficiales y tomándose la palabra unos a otros le daban la enhorabuena, y le decían que persuadidos de su integridad y resolución, tenían jactancia solamente en servir a sus órdenes; que cuantas penalidades habían sufrido en la carrera, y especialmente en este país sin recursos, se daban por contentos, por tener la gloria de ser los verdaderos conquistadores de la libertad de la América del Septentrión; que se sirviese tomar la investidura de TENIENTE GENERAL y recibir el tratamiento de EXCELENCIA. REHUSÓ con palabras BASTANTE ENÉRGICAS el tratamiento y nombre de general, no obstante ser la voluntad única y decidida de todos los señores oficiales, declarando que el ejército se denominaba de las TRES GARANTIAS por defender religión, independencia y unión. Concluyó este solemne acto con las mayores aclamaciones a la religión al digno general Iturbide y a cada uno de los señores vocales de la Junta preparatoria.”

“A las cuatro y media de la tarde (del siguiente día) formaron por su orden de antigüedad los cuer-

pos que del ejército se hallaban presentes, en la plaza mayor del pueblo, se colocó en medio de ella una mesa con un Santo Cristo, al lado derecho se puso la bandera del regimiento de Celaya escoltada por la compañía de cazadores del mismo cuerpo; se presentó el señor Jefe a Caballo con su estado Mayor; el teniente coronel graduado D. Francisco Hidalgo, Mayor de órdenes del ejército y el padre capellán, tomaron el juramento a la tropa bajo la siguiente fórmula:

“¿Jurais a Dios y prometéis observar la Santa religión C. A. R.?”

“¿Jurais hacer la independendencia de este imperio, guardando para ello la paz y unión de europeos y americanos?”

“¿Jurais la obediencia al señor don Fernando VII si adopta y jura la Constitución que haya de hacerse por las Cortes de esta América septentrional?”

“SI JURAMOS.

“Si así lo hacéis, el señor Dios de los ejércitos y de la paz os ayude; y si no os lo demande.”

“No quedó duda ninguna de la absoluta decisión de la tropa: la energía al contestar y su alborozo en los vivas hubieran electrizado aún a las almas más frías. Desfilaron los cuerpos pasando debajo de la bandera, ante la cual habían hecho el juramento, y volvieron a tomar sus mismos puestos. El señor Jefe se puso al frente del ejército y con voz clara, llena de fuego y entusiasmo, dijo: Ciudadanos militares, la religión, unión, la Patria, el sosiego y la felicidad de todos los habitantes de este reino es mi primera atención y desvelos en el plan que he comprendido y habéis jurado: lejos de mí el tropel ni cosas que alucinen: los señores oficiales ayer me han nombrado y rogado admita el empleo y tratamiento de teniente general: no sólo NO LO ACEPTO; PERO NI AUN ESTOS TRES GALONES. (y arrancándolos de la vuelta de la manga, los arrojó) pues para entrar a Méjico, no necesito esta insignia: yo sólo me contento, empuñando la espada, con que me admitáis por VUESTRO COMPAÑERO para tener la gloria, si acaso es necesario, de derramar la última gota de sangre a vuestro lado.” Los vivas y aclamaciones sobre nombrarlo general, fueron indefinibles: las tropas desfilaron a su presencia aclamándolo por tal.

“Habitantes del septentrión queden grabados tan gloriosos días en vuestra memoria: los padres de la patria como más subidos, para perpetuarla hasta la consumación de los siglos harán esculpir en mármoles y bronce la memoria del ejército de las tres garantías y especialmente la del héroe que la posteridad venerará, el bizarro y decidido general D. Agustín de Iturbide.”

Señores, Hídalgo, Morelos y otros héroes aceptaron o se dieron el título de “generalísimo”; Iturbide lo rechazó y hasta se despojó de las insignias que tan esforzadamente había ganado. ¡He ahí al ambicioso!

Pues deseo que volváis a contemplarlo.

El 2 de Agosto de 1821, el Libertador ocupó la plaza de esta nuestra hermosísima Ciudad de los Angeles, por capitulación de las fuerzas realistas, después de sitio prolongado.

Los épicos y glorificantes bronceos de nuestra Basílica, que parecen al resonar a vuelo algo como una proclama de Dios, llaman al pueblo para rendir el homenaje de gratitud al Altísimo. Y allí, desde el pórtico de óvalo irisado, el grande y patriota Obispo Pérez dirigió al caudillo estas elocuentes palabras, en que se envolvían brillantes promesas:

“Proseguid en vuestra empresa, hijo de la dicha y de la victoria! *Prestáos con docilidad a los altos designios que tiene sobre vos y por vos la eterna Providencia*; entre tanto que nosotros humildemente la bendecimos, satisfechos con la parte que nos ha tocado de un bien tan inestimable, que no deja lugar al arrepentimiento de poseerlo, que no puede ser cambiado por la inconstancia, y que nos hará eternamente reconocidos para cantar a toda hora con el profeta: “Quebrantóse el lazo y nosotros quedamos en libertad.”

Pocos días después “el ambicioso” contestaba así aquel apóstrofe vehemente.

“Ya sabéis el camino de ser libres, a vosotros toca señalar el de ser felices. Se instalará la junta, se reunirán las cortes, se señalará la ley que deba hacernos virtuosos, y yo os exhorto a que olvidéis las palabras alarmantes de exterminio y sólo pronunciéis, “unión y amistad íntima.” Contribuid con vuestras luces y ofreced materiales para el magnífico código; pero sin la sátira mordaz ni el sarcas-

mo mal intencionado. Dóceles a la potestad del que manda, completad con el soberano Congreso la grande obra que empecé, y *dejadme a mí que dando un paso atrás, observe el cuadro que trazó la Providencia, y que debe retocar la sabiduría americana, y si mis trabajos tan debidos a la patria los suponéis dignos de recompensa, concededme sólo vuestra sumisión a las leyes; dejad que vuelva al seno de mi amada familia, y de tiempo en tiempo haced una memoria de vuestro amigo -Iturbide "*

Dueño absoluto de una situación que era obra de sus manos, y tanto más absoluto cuanto más gloriosa, inesperada y admirable, el Libertador prestando oídos a una abnegación que no ha tenido semejante en América, quiso trasladar y trasladó, en efecto, su inmenso poder a una Junta Gubernativa) En la sesión inaugural le dirigió las siguientes palabras:

Permitidme, pues, que en las tiernas efusiones de mi corazón sensible os felicite una y mil veces, *ofreciendo el tributo de mi obediencia* a una corporación que *reconozco cual suprema autoridad establecida* para regir provisionalmente nuestra América y consolidar la posesión de sus más preciosos derechos. Unidos mis sentimientos con los del ejército imperial, *os ofrezco su más exacta sumisión*. El es un robusto apoyo, y declarado por tan santa causa, no dejará las armas hasta no ver perfeccionada la obra de nuestra restauración. Caminad, pues, ¡oh padres de la Patria! caminad a paso firme y con ánimo tranquilo; desplegad toda la energía de vuestro ilustrado celo; conducid al pueblo mejicano al encumbrado sólo a donde lo llama su destino, y disponed a recibir los laureles de la inmortalidad.

Señores! Por mucho que se esfuerce el sectarismo, la crítica no puede admitir que sea ese el lenguaje de la ambición, ni esos los hechos que forman su camino. La psicología misma de las pasiones no puede conceder que el ambicioso se despoje espontáneamente del poderio que lo ha de conducir a la cima o ideal de sus ambiciones; que en vez de tomar posesión de él, aprovechando el momento supremo, proceda a crear una autoridad extraña en quien resignar el poder, antitético del ideal y le jure obediencia, y le proteste presente a la sumisión

12

✓ veneración del pueblo, y le atribuya toda gloria del porvenir.

Eso repugna profundamente a la crítica, a la filosofía de la Historia, a la idiosincracia del hombre ambicioso, a la naturaleza íntima de la ambición, que es acaso entre todos los apetitos el más instintivo.

V.

El pueblo que había sufrido una guerra prolija, cruel, asoladora, con los caracteres de hecatombe física, moral y social, hasta entonces inútil para obtener la suspirada autonomía, hizo de Iturbide un ser idolatrado. Condensó en él todas sus ansias de libertad, la del ejército vencedor, y él todos sus afanes de restauración, todos sus ensueños de gloria. El pueblo amó a Iturbide con la embriaguez, con el frenesí de los amores colectivos. El pueblo creyó en él, sin límites. El pueblo no puede crear un hombre, sin deificarlo; y deificó a Iturbide. Cuando el pueblo hace dioses, siente el terror de vivir, sin su amparo. He aquí por qué el pueblo levantó un trono para aquél sin el cual no había logrado la independencia, y sin el cual pensaba que tampoco hallaría la felicidad. Más que un premio por la obra incomparable, era una garantía de sus frutos en la vida nueva que había deslumbrado y como espantado al pueblo mismo. El pueblo no conocía otro sistema político que el monárquico, ni más tradición ni más educación que la monárquica.

Iturbide no aceptó ese trono, sino mientras no fué discutido. La idea de unas cuantas gotas de sangre que pudieran verterse al defenderlo, puso con celeridad la abdicación en su pluma; y ese ejemplo de abnegación excesiva, será lo único de que tal vez lo acuse la historia de su patria.

Digo esto, señores, no porque crea que pudo perdurar el trono de Iturbide. Conozco bastante el fondo histórico de las insurrecciones contra la dominación española en el Continente, para suponer que pudiera ser perdurable imperio alguno en la América; pero si Iturbide, que a un grandísimo genio militar, unía la fé, la adoración del pueblo, hubiera destrozado la sublevación de Santa Anna, castigado con mano férrea las conspiraciones de dentro y

de fuera del Congreso, habría ahorrado a su patria más de medio siglo de pronunciamientos, de cuarte-lazos, de anarquía, de miseria o sobre todo, la habría indultado de ese fardo terrible que agobia a ciertos pueblos, el fardo de los héroes de ocasión.

Pero el grande abnegado se espantó ante unas gotas de sangre, sin ver el océano de púrpura que iba a brotar de su abdicación generosa.

Pues quien abdica así, llena la frente de laureles, llenas las manos de poder, lleno el espacio de prestigio, lleno el corazón popular de entusiasmo, lleno el pecho de valor y de genio la mente, es un ambicioso, sí, ¡declaramoslo con toda el alma! es un ambicioso de patriotismo, de modestia, de conciencia pura, de ósculos dulces, sin átomo de sal de lágrimas, impresos en los pies del crucifijo a la hora de la muerte; como los suyos, señores, como los que él depositó sobre la imagen santa, en los momentos del parricidio, cuando las olas de Soto la Marina se helaron de espanto, y llegó a Padilla uno de los nubarrones y uno de los rugidos de los huracanes del Gólgota.

Esa fué su ambición, que no llamaré angelical, porque sería poco, porque no hay héroes entre los ángeles, y porque a veces el héroe cristiano se ha hecho moralmente, ya que no esencialmente superior a ellos; ni tampoco llamaré divina, porque sería mucho, porque el *Ser*, es *dear*, el infinitamente Necesario no puede ambicionar, puesto que es la plenitud de la substancia, y lleva en sí la ánima suma del ideal.

Esa fué su ambición; pero como acontece en casi todos los grandes crímenes históricos, el delincuente ha tenido la audacia del hecho, pero no el valor de la causa. Si exceptuamos la frenética lealtad del anarquismo, jamás en los crímenes políticos, el asesino, carabinas, cañones, ametralladoras, el envenenador, el que emparedaba, ha dicho la verdadera causa de su delito. La Historia, que es una ciencia química, ha tenido que descubrirla en el análisis de la retorta moral.

Cuando el Salvador preguntó ante el poseso de San Lucas, ¿cómo te llamas? contestó: "legión." Sí, es legión la de los asesinos de Iturbide, legión que se perpetúa, que se eslabona, que se hereda, como dinastía; que comenzó por matarlo política-

mente en el Congreso, que después lo mató con las balas del patíbulo, y que todavía apunalea su cráneo inerte.

Y esa legión que ha tenido la audacia temeraria del más grande crimen mejicano, jamás ha tenido el valor de confesar el verdadero genio de éste.

Lo enmascara con esta imputación: ambicioso. Eso es una comedia infame. Esa legión sabe bien que ha sido el apoyo, la explotadora, la infinita adulatora de todos los afortunados. Todavía, señores, tiembla de confesar la verdad; pero ya no es un misterio para nadie: a Iturbide se le persiguió, se asesinó y se odia no por ambicioso; sino por cristiano.

Su obra fué una floración ingenua, pura, blanca de amor a Cristo, a la patria, a la sangre latina, y por tanto extraña a la profunda conspiración reformista anglo-sajona, que la pseudo-historia moderna ha ocultado a los ojos del pueblo con embustes heroicos.

En Iturbide, en el Libertador cristiano, se han perpetrado; por cristiano, dos parricidios; el material y el moral.

Un eminente publicista librepensador, pero imparcial y probo, el General Don Vicente Riva Palacio, escribió:

"Iturbide libertador de Méjico, Iturbide Emperador, Iturbide ídolo y adoración un día de los mejicanos, expiró en un patíbulo, y en medio del más desconsolador abandono.

"Los partidos políticos se han pretendido culpar mutuamente de su muerte. Ninguno de ellos ha querido hasta ahora reportar esa inmensa responsabilidad."

En todo caso, y cualquiera que haya sido el partido que sacrificó a Don Agustín de Iturbide yo no vacilaré en repetir que esa sangre redamada en Padilla, ha sido y es quizá, una de las manchas más vergonzosas de la historia de Méjico.

Guerrero e Iturbide consumaron la independencia, y ambos con el pretexto de que atacaban a un gobierno legítimo, expiraron a manos de sus mismos conciudadanos.

No seré yo quien pueda hablar de la muerte de Guerrero (1) pero en cuanto a la de Iturbide, ex-

(1) Riva Palacio era nieto de Guerrero.

clamaré siempre que fué la prueba más tristemente célebre de ingratitud que pudo haber dado en aquella época la nación mejicana.

El pueblo que pone las manos sobre la cabeza de su libertador, es tan culpable como el hijo que atenta contra la vida de su padre. Hay sobre los intereses políticos en las naciones, una virtud que es superior a todas las virtudes la gratitud.

El pueblo, que es ingrato con sus grandes hombres, se expone a no tener por servidoras más que a los que buscan en la política un camino para enriquecer y sofocan todas las pasiones nobles y generosas.

Dios permita que las generaciones venideras perdonen a nuestros antepasados la muerte de Iturbide, ya que la historia no puede borrar de sus fastos esta sangrienta y negra página.

¿Perdonarán los pósteros, señores?

No, La justicia grita: ¡No! Porque después del parricidio material, se ha procurado el moral. Se ha trabajado con afán hercúleo en alejar de la gloria y del corazón y de la mente del pueblo hasta el nombre de su libertador; y si alguna vez se recuerda allá, en un rincón de pueblo selvático, donde el sectarismo aún es embrionario, es para arrojar sobre él alud de improperios.

No, ni Dios ni la posteridad perdonarán esto, porque ni Dios ni la naturaleza que es su intérprete perdonan sino al arrepentido; y el parricidio moral, después del material ha probado abundantemente la impenitencia.

Los mejores documentos demuestran que desde entonces el pueblo ha sufrido horriblemente. Sí, señores, todo lo que un pueblo es capaz de sufrir. ¿Quién podría exhibir la prueba de que el secular sufrimiento no es una expiación del horrendo y doble parricidio?

Pero el Dios que no perdona la impenitencia, es el mismo que ha hecho a las naciones sanables.

Vendrá señores un sancamiento moral. Vendrá la historia, vendrá el pueblo redimido de la mentira.

Eres tú, juventud; juventud sana, ovario dulce de ideas generosas, polen de libertad, crisálida de justicia, prepotente núcleo volcánico que arrojará al abismo con su náusea toda la ciudad de la menti-

ra hecha pedazos; eres tú quien restaurará entre otras cosas grandes y puras, la gloria del Libertador de la patria.

Juventud; estudia y hazte poderosa con la sabiduría.

Tienes ante los ojos el ejemplo de un estudiante insigne que no ha tenido superior en nuestras aulas por las que han desfilado millares de inteligencias. Es el gran Prelado que hoy nos preside, el segundo Palafox, que a tan eminente cumbre ha elevado la institución que le ciñera los primeros laureles.

Sé que secundarás su vida de virtud, de patriotismo y de sabiduría.

Por eso yo, luchador de la verdad, que me glorío de haberme sentado con él en esos bancos, hoy, al descender de esta tribuna, te entrego como depósito de reivindicación, como tesoro de gloria y de justicia un nombre sagrado: el nombre de ITURBIDE.





GONZALEZ RUIZ Y RUIZ HÑOS.

Venta de Huevos
Finos y Corrientes.

Aquiles Serdán Núm. 54
Guadalupe Hidalgo
D. F.



LUIS R. RUIZ

EXPLOTADOR DE BOSQUES.

Aserraderos en la Hda. de Chaparro,
Dto. de Hidalgo, Mich.

Maderas de Todas clases y Medidas.
Durmientes de Pino y Encino.
Postes de Cedro.

Sólo se admiten pedidos en
Carros por entero.

OFICINAS:

Madero 53.
Tel. Eric. 8024.
México, D. F.

Hda. Chaparro,
Villa Hidalgo.
Michoacán.

EL VEINTISIETE DE SEPTIEMBRE.

ALOCUCION

pronunciada por su autor, el

Lic. J. Ignacio Dávila Garibi

En la Delada Literario-Musical que la Asamblea
General de 4.º Grado

"Fray Antonio de Segovia"

y el Consejo

"Antonio Alcalde" número 1979.

en la Orden de Caballeros de Colón, celebraron en
— honor de —

Don Agustín de Iturbide.

en el Centésimo Tercer Aniversario de la Consumación
de la Independencia de México, (Septiembre
27 de 1924.) en el Centro de
Damas Católicas de la ciudad de Guadalajara.



Guadalajara

IMP. DOSAL.—PEDRÓ LOZA 120.

1924

